

# LA SOCIOLOGÍA CENTROAMERICANA, 20 AÑOS DESPUÉS

Alberto Torres R.\*

## I

Hace veinte años, una Comisión Nacional integrada por unos seis o siete académicos (notablemente Daniel Camacho e Isabel Wing-Ching como organizadores, y José Luis Vega, Samuel Stone, María Eugenia Bozzoli y .... ) convocamos al Primer Congreso Centroamericano de Sociología. Tuvo lugar el evento, en La Catalina, Santa Bárbara de Heredia, en abril de 1974. Esta reunión, que no tenía ningún precedente en la historia intelectual de la región, marcó un estilo de trabajo de colaboración y conocimiento mutuo entre los sociólogos centroamericanos. Esta importante reunión se hizo como acto previo al *IX Congreso Latinoamericano de Sociología*<sup>1</sup>, que la misma Comisión encabezó, esta vez celebrado en el campus de la Universidad de Costa Rica, tres meses después.

El documentó de Convocatoria señalaba los débiles y d esfuerzos del análisis en ciencias sociales realizados a partir de la segunda Postguerra sobre las sociedades centroamericanas. Hacia 1974 casi siempre tales trabajos tuvieron dos características. Una, un alto porcentaje de esos estudios tenían una *orientación antropológica*, de antropología, social y cultural y otra, era evidente el origen extranjero de la inmensa mayoría de los que se ocupaban de nosotros. Eran por lo general, estudios de factibilidad sobre posibilidades del crecimiento económico, algunos de CEPAL, otros originados en instituciones internacionales de Naciones Unidas, que prestaban en algunos casos asesoría en aspectos particulares del desarrollo. Estos últimos fueron estudios pioneros, a los que hay obligadamente que recurrir hoy día, si se quiere saber algo sobre los años cincuenta.

El Primer Congreso reunió por vez primera a los dispersos grupos de sociólogos (en sentido lato) que ya empezábamos a trabajar en los diversos países de la región. Los asistentes, unas cuarenta personas, cupimos en una foto memorable, reproducida hace dos décadas en el Boletín Informativo de CEDAL. Por cierto, tres de los participantes cayeron años después en la lucha armada en Nicaragua, Guatemala y El Salvador. Desde entonces, se han realizado siete Congresos en casi todos los países de Centroamérica y Panamá. Y del 18 al 22 de julio de 1994, está convocado el IX Congreso, a realizarse por vez primera en El Salvador.

Con tales antecedentes, la tentación de practicar un balance de lo que significan veinte años en el desarrollo de la sociología centroamericana (y de las ciencias sociales que se organizan en tomo suyo) es muy grande pero muy peligroso. Hay tentaciones directamente vinculadas al pecado mortal. Mucho se ha caminado como para intentar en un breve ensayo como este, una reflexión comprensiva, crítica, estimuladora.

Por ahora, lo mejor es hacer un intento preliminar para examinar dónde estamos, lo que tenemos y los desafíos que ya no es posible soslayar. Veinte años no es poca cosa. Debería ser mayoría de edad.

## II

Lo más importante de estos años noventa es que pese a la larga década de crisis en la mayor parte

---

\* Profesor del Departamento de sociología de la universidad de Costa Rica.

1 Nunca se creyó necesario detenerse para da una definición de qué se entiende por sociología, pues partimos siempre de que tiene una connotación dura, abarcante, de incluir ahí a lo que posteriormente fueron sus desprendimientos especializados, como la sociología política, relaciones internacionales, estudios sobre el desarrollo urbano y regional. Ciencias sociales es lo que hacen los científicos sociales y éstos, genéricamente, son los sociólogos.

de las sociedades centroamericanas, la práctica de las ciencias sociales no se detuvo substancialmente, en el sentido de que la reflexión intelectual ¡continuó, en algunos casos ciertamente, sin ganar profundidad explicativa, pero en todo caso, tratando de atender, interesarse, descubrir, los numerosos fenómenos sociales nuevos, cuya dimensión como experiencia social pudo transformarse con mayor o menor éxito en ansia social, y en consecuencia, enriquecer así el acervo de la sociología centroamericana.

Este *sentido de continua* tiene que ser entendido de varias maneras y la primera y más importante es que ésta no es una experiencia acumulativa ascendente, en la que se vayan ganando niveles superiores de conocimientos. Las ciencias sociales, por su naturaleza, tienden a ser reiterativas, produciendo una búsqueda cuyo sentido tiende a adoptar menos la forma de una espiral que la de un círculo.

En Centroamérica no tendría por qué ser diferente. Sin embargo, ha habido continuidad en las dos direcciones en que esto puede ser entendido. Por un lado, porque los mismos fenómenos sociales fueron vistos una y otra vez, de maneras diversas. Otra, porque aunque con dificultades, se pudo descubrir lo nuevo, percibir el cambio y se trató de entenderlo.

Probablemente este tema merecería un tratamiento más responsable, porque justamente la llamada crisis de las ciencias sociales ocurre por la aparente ruptura de los vínculos del conocimiento con la realidad emergente de estos últimos años. Es decir, por las dificultades para explicar lo nuevo con las teorías precedentes.

Hay continuidad en temas como los estudios rurales y de comunidades campesinas, o con los referidos al cambio social en general. Pero donde esta continuidad se mantiene y es ascendente es en los temas de *naturaleza política*, que reclaman la mayor atención. Es amplia y compleja la definición de lo que tiene de naturaleza política la sociedad. Pero para que se nos entienda, estamos en los fenómenos sociales que tienen que ver con el poder político.

De ahí que abundan los estudios sobre la democracia y sus ausencias, transiciones y límites, elecciones y partidos, ciudadanías, Estado y sus redimensionamientos, sociedad civil y política, relaciones internacionales, etc. También son importantes como foco de interés, los aspectos del desarrollo económico *sensu*, que con dificultad podríamos incluir como estudios sociológicos. Otros temas mantienen su importancia, como los relativos a educación, cultura, comunicación social, etc.

Han ocurrido dos importantes novedades, que de ninguna manera niegan la continuidad. Una es la pérdida de importancia cuantitativa de los estudios antropológicos, ahora en parte sustituidos por los trabajos acerca de la etnicidad, pero más vinculados al tema de los derechos humanos. Otra, es la extraordinaria importancia y calidad de los estudios históricos. La labor de los historiadores centroamericanos aparece en 1994 como la contribución especializada más importante, por su originalidad y amplitud, para la cultura centroamericana.

En cambio son nuevos, por lo menos en relación a lo que se hacía en los setenta, los estudios sobre la mujer y su condición, también llamados equívocamente estudios de género, así como los que tocan el problema de; medio ambiente, sobre la globalización civilizatoria, la postmodernidad. Hay experiencias analíticas de viejos temas con nuevas caras, sin que sean mera sustitución de máscaras, como los estudios sobre marginalidad y pobreza, fenómenos ahora vistos en las nuevas condiciones económicas y sociales como informalidad, exclusión social, desarrollo humano, etc.

### III

A estas alturas de la década, no hay duda que el porcentaje mayor de los estudios sociológicos sobre Centroamérica se hacen en Centroamérica y por centroamericanos. Este dato constituye, sin duda,

el rasgo decisivo de la nueva situación y tiene, como veremos, múltiples implicaciones. No obstante, la región continúa atrayendo el interés de un significativo número de científicos sociales del exterior. La consecuencia que esa atracción provoca, es que se siguen publicando muchos de los mejores análisis, especialmente en inglés, y mucho menos en francés, alemán y algún otro idioma. No es de ninguna manera fácil ni oportuno emitir juicios comparativos sobre la calidad de lo que se hace interna y externamente a la región. Solamente habría que resaltar el hecho que las publicaciones en forma de libro son más numerosas en otros idiomas.

¿Cómo explicar el crecimiento de la producción sociológica centroamericana en las condiciones adversas de la violencia política, la intransigencia ideológica que la guerra provoca, las limitaciones económicas impuestos por el estancamiento o el desinterés de la rutina académica tradicional? La respuesta alcanza diversos niveles, a los que nos referirnos sumariamente.

En primer lugar, aparece el problema mayor, el de la institucionalización de las diversas ciencias sociales, que es el problema de su legitimidad académica, por lo general vinculado a su utilidad social, prestigio intelectual, mercado de trabajo y, en general a esa característica tan vaga que le conoce como la *masa crítica* existente.

Obviamente, el reconocimiento institucional solo lo da la Universidad y por ello aparece vinculado a aspectos tan diversos como el financiamiento disponible o los problemas políticos del medio. Sin que concurrieran todos esos factores, la institucionalización se fue resolviendo con estrechez de recursos, con provisionalidades, condicionalmente. O de manera categórica, según la época y los países.

A la cabeza de la mejor respuesta institucional están las Universidades (públicas y privadas) en Costa Rica, que hoy día, en 1994, acogen por lo menos nueve programas de postgrado en ciencias sociales, incluyendo un doctorado, siete revistas especiales, una labor editorial, *mutatis mutandis*, comparable a los países medios de Sudamérica y, dicho enfáticamente, un público interesado que crece, desgraciadamente, siendo poco exigente.

Son muchos y a veces difíciles de precisar, los efectos que a la labor intelectual *latu le* ha provocado la violencia a la sociedad centroamericana en estos veinte años. La reflexión en ciencias sociales se retrasó justamente cuando la expansión latinoamericana se iniciaba, a principios de los setenta. Las condiciones para el trabajo intelectual son *personales y sociales*. Exigen también un público. Es decir, la posibilidad de una comunicación entre autor y lector, entre productor y usuarios. No sabemos quienes de ellos fueron mas castigados por la recesión, pero ambos no crecieron como se esperaba y la intercomunicabilidad se interrumpió.

No obstante, expulsados de las Universidades, o sobreviviendo a golpes de mediocridad, un número importante de sociólogos continuó su labor en 'casamatas privadas', en lo que en Chile llamaron los CAP (Centros Académicos Privados) y que en nuestro medio calificamos genéricamente como *Oeneges*. Pero nuestro interés es señalar lo que existe hoy día. En Guatemala, funcionan tres programas de postgrado en ciencias sociales en las universidades privadas, y varias licenciaturas en la Universidad de San Carlos. Pero más importantes desde el punto de vista de su creatividad en el ámbito de la investigación y publicaciones son los CAP que funcionan al amparo 'de fundaciones extranjeras, tres de los cuales no tienen paralelo en el resto de Centroamérica. Pero hay, como en el resto de países, evidentes retrasos.

El gobierno sandinista estimuló la investigación en ciencias sociales sobre todo desde el Estado mismo, aunque prácticamente al repetir el modelo soviético-cubano anuló la docencia. Creó también un ambiente favorable para la labor editorial, que se mantiene. La crisis económica en Nicaragua debilitó la calidad de la producción en todos sentidos, pero no la paralizó. Por ejemplo, como resultado de las

elecciones (1990) donde el sandinismo puso a prueba no su calidad democrática sino su popularidad, se han publicado -dato personal- cinco libros por lo menos. Hoy día, en medio de la más atroz ingobernabilidad, se han creado tres maestrías en ciencias sociales en la Universidad Centroamericana y existen por lo menos ocho CAP dedicados a la investigación en ciencias sociales.

En El Salvador, las dificultades para la afirmación de las ciencias sociales fueron totales porque la guerra civil no dejó espacios para la institucionalidad ni distancia para poder interrogarse válidamente sobre los hechos sociales. Las urgencias de la lucha, en términos de ganarla cada día, son un apremio contra la objetividad. Aquí fue decisiva la contribución desde el exterior, como en Nicaragua, en la doble dimensión de lo que esto significa: sociólogos salvadoreños que reflexionan sobre su país desde el exilio o no nacionales que lo hacen desde sus países.

No es este el mejor momento para subrayar la extraordinaria contribución que han dado a las ciencias sociales de Centroamérica y específicamente, de El Salvador los *centroamericanos mexicanos*. Por su calidad y número no tiene paralelo su hazaña intelectual. En estos años, la Universidad ha retomado con visibles dificultades la institucionalización de la sociología, pero el ambiente de paz ha permitido que varios CAP revitalicen su presencia, junto a la ejemplar actividad de la Universidad Simeón Cañas que combina docencia, servicio social, investigación y publicaciones.

Con otro ritmo, pausadamente, los sociólogos hondureños son el mejor ejemplo de la continuidad de la que hablamos líneas arriba, y a la que contribuyen decisivamente. Funcionan hoy día dos programas de postgrado y varias licenciaturas en la Universidad Nacional, pero como en las otras experiencias nacionales, la investigación y el trabajo editorial se realiza preferentemente de manera privada independiente, en varias oeneges bien consolidadas. Por su peculiar historia contemporánea, Honduras atrae un menor número de estudiosos extranjeros. No debe olvidarse que en esa atracción hubo mucho de solidaridad, simpatía política o fascinación por un conflicto social en el que jugamos al papel de David.

### III

Veinte años significan, por lo menos, dos generaciones. Es decir, en estos años noventa, trabajan las ciencias sociales conjuntamente nuestros alumnos que ahora son maestros y quienes lo fuimos. Es en esta dimensión donde la continuidad puede ser más problemática. La pregunta inicial no debería ser de naturaleza psiquiátrica sino próxima a la lógica de las ciencias físicas. ¡El hijo no necesita matar al padre para prosperar sino subirse sobre sus hombros para ver mayores horizontes!

Pero sabido es que el conocimiento social no es inevitablemente acumulativo, por lo que la interrogante clave es la de si hemos sido capaces de consolidar una *generación de relevo*. Bien planteada la cuestión, la continuidad básica debería estar sugerida por la calidad de la estafeta que se entrega y por la dirección correcta que se le imprime a la competencia. Para llegar a la meta, dado el sentido de la metáfora, no significa que los que vienen atrás sean mejores, sino que lo sean los que van adelante.

Los años noventa, en que se mueve esta *generación del relevo*, está llena de piedras en el camino, rocas enormes que ella no podrá remover fácilmente. Asistimos al desencantamiento de las capacidades predictivas de las ciencias sociales. A su capacidad para orientar el cambio social. El atractivo de los años setenta se perdió y no por estrecheces del mercado de trabajo, que también existen, sino porque la razón y la revolución ya no marchan de la mano y porque el conocimiento se volvió distante de la realidad. Dura prueba además para compatibilizar el saber superior con el mercado.

En los años noventa, el entrenamiento en las ciencias sociales tiende a orientarse más hacia la investigación aplicada y a darle un carácter instrumental al aprendizaje. ¿Qué vamos a crear, Académicos o consultores? Aún creemos que es necesaria la enseñanza de la teoría y al mismo tiempo compatible con sus usos prácticos. No es un problema de metodología sino de teorización. Aún creemos que se trata de una falsa dicotomía la que separa la ciencia pura de la ciencia aplicada. ¿No es cierto que será mejor consultar el que entendió mejor la teoría social?

En los años noventa, los mayores peligros no son los señalados en las líneas anteriores, sino el darle *continuidad* a los errores en que se incurrió en los años precedentes. El daño mayor es preparar sociólogos que solo manejen conceptos generales, abstractos, ahistóricos y métodos que se confunden con la epistemología y se alejan de las técnicas.

### V

Finalmente, tenemos que reconocer que *la gran discontinuidad reside en la crisis del marxismo*. Hay muchas maneras de enfrentar este problema. Lo primero, es reconocer que con diversos matices y diferencias que llegan a ser importantes, el marxismo penetró mas entre la gente de las Universidades que en la población de las fábricas. De hecho, en medida que nunca ha sido determinada, el marxismo dominó el universo de; conocimiento social en nuestras Universidades, en un sentido positivo por sus muchos seguidores y en un sentido negativo, porque los que no fueron, no lo pudieron ignorar. Nadie fue ajeno a la influencia de; pensamiento marxista.

Para sus impugnadores, el marxismo siempre ha estado en crisis. Para los guardianes de la ortodoxia hermenéutica, pasada esta ofensiva conservadora, todo seguirá igual. Ni una ni otra. Hay tres aspectos de la crisis de; marxismo que conviene distinguir. a) En primer lugar constituye un corpus teórico sobre la naturaleza de la sociedad capitalista, sus contradicciones y su dinámica. Por la manera como sus seguidores lo interpretaron, llegó a albergar en su naturaleza una filosofía de la historia; b) asociado a esto último, el marxismo constituye el núcleo básico de; socialismo político, animador del

movimiento obrero y de la mayor corriente intelectual del siglo XX y c) aunque el marxismo no es una sociología, hay una sociología en el marxismo (Lefèbvre).

En relación al primer punto, la racionalidad de la teoría sobre el capital correspondió solamente a una etapa histórica de ese desarrollo y sobre esa base numerosos autores intentaron construir una ontología y una explicación esencial de la sociedad, que resultó así una construcción *contradictoria e incompleta*. Y hoy día, *insuficiente*. En relación al segundo punto, la crítica Política al orden capitalista tuvo dos derivaciones, una, la constitución del proletariado como representación de lo general y en consecuencia, como sujeto histórico capaz de conducir la construcción de una nueva sociedad; y otra, la construcción de una sociedad socialista donde las contradicciones y límites del capital estarían superados . La historia se ha encargado de negar estarían superados.

Finalmente, el tema que nos interesa en estas notas se refiere al tercer punto, la teoría marxista sobre la sociedad, porque fue esa la que hace veinte años- en su cenit- dominaba las ciencias sociales centroamericanas y ahora entró en un injusto ocaso. Es cierto que no existe una propuesta sociológica coherente en Marx, pero hay en su marxismo una explicación de lo social y de sus regularidades, cuyo conocimiento nos permite descubrir la naturaleza del poder, las ideas, los procesos de cambio. El núcleo explicativo reside en lo económico, en las múltiples relaciones entre los hombres para producir y vivir. Pero como núcleo básico sus manifestaciones periféricas, la apariencia, no puede ser entendida de manera directa. Solo adquiere pertinencia histórica la explicación si en última instancia, los factores económicos son tomados en cuenta. Hay en el marxismo una vocación racionalista y crítica y una pretensión científica. ¿Por qué darle las espaldas a exigencias de este tipo?

Es en este punto donde reside la irresponsabilidad de una tradición docente que quedó detenida en el reduccionismo economicista (...el Estado como instrumento de dominación... ), en la simplificación dogmática (...con la definición de clase social, proponerse conocer la estructura social actual de nuestra sociedad ...), en el determinismo ideológico (...el arte abstracto es reaccionario...). Están lejos de agotarse los ejemplos perversos de una comprensión elemental y equivocada del marxismo. Estas no son notas en su defensa sino señalamientos de cómo la continuidad del marxismo en las ciencias sociales centroamericanas entró en crisis. Y por qué, en estos años noventa, el marxismo debe ser enseñado y utilizado con la misma naturalidad con la que hacemos uso de Weber, Pareto, Durkheim, Rousseau o Maquiavelo.

## VI

En estos años noventa, las ciencias sociales tienen que ser capaces, como en distintos momentos del pasado, de contribuir a proponer una agenda decisiva de temas, conductas y valores académicos. Por ello, contribuir a modernizar nuestro raquítico medio cultural, para que sea receptivo y creador de nuevos estilos de pensamiento y finalmente, ayudar a comprender los nuevos fenómenos sociales que permita, a su vez, volver más racional la política, la política social y la economía política. En otras palabras, legitimar nuevas percepciones y representaciones del mundo y de la sociedad.